Su luna de miel fue un largo escalofrío. Ru\_b\_ia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin em\_b\_argo, a \_v\_eces con un ligero estremecimiento cuando \_v\_olviendo de noche juntos por la calle, echa\_b\_a una furti\_v\_a mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la ama\_b\_a profundamente, sin darlo a conocer.
Durante tres meses -se ha\_b\_ían casado en a\_b\_ril- \_v\_i\_v\_ieron una dicha especial.

Sin duda hu\_b\_iera ella deseado menos se\_v\_eridad en ese rígido cielo de amor, más expansi\_v\_a e incauta ternura; pero el impasi\_b\_le sem\_b\_lante de su marido la contenía siempre.

La casa en que \_v\_i\_v\_ían influía un poco en sus estremecimientos. La \_b\_lancura del patio silencioso -frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el \_b\_rillo glacial del estuco, sin el más le\_v\_e rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapaci\_b\_le frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos halla\_\_an eco en toda la casa, como si un largo a\_b\_andono hu\_b\_iera sensi\_b\_ilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No o\_b\_stante, ha\_b\_ía concluido por echar un \_\_elo sobre sus antiguos sueños, y aún \_v\_i\_v\_ía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llega\_b\_a su marido.

No es raro que adelgazara. Tu\_v\_o un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el \_b\_razo de él. Mira\_b\_a indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los \_b\_razos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redo\_b\_lando el llanto a la menor tentati\_v\_a de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin mo\_v\_erse ni decir una pala\_b\_ra.

Fue ese el último día que Alicia estu\_v\_o le\_v\_antada. Al día siguiente amaneció des\_v\_anecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la \_v\_oz toda\_v\_ía \_b\_aja-. Tiene una gran de\_b\_ilidad que no me explico, y sin \_v\_ómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hu\_b\_o consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tu\_v\_o más desmayos, pero se i\_v\_a \_v\_isiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio esta\_b\_a con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasá\_b\_anse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormita\_b\_a. Jordán \_v\_i\_v\_ía casi en la sala, tam\_b\_ién con toda la luz encendida. Paseá\_b\_ase sin cesar de un extremo a otro, con incansable o\_b\_stinación. La alfom\_b\_ra ahogaba sus pasos. A ratos entra\_b\_a en el dormitorio y proseguía su mudo \_v\_ai\_b\_én a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada \_v\_ez que camina\_b\_a en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La jo\_v\_en, con los ojos desmesuradamente a\_b\_iertos, no hacía sino mirar la alfom\_b\_ra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la \_b\_oca para gritar, y sus narices y la\_b\_ios se perlaron de sudor.

-¡Jordán! ¡Jordán! -clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfom\_b\_ra.

Jordán corrió al dormitorio, y al \_v\_erlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

-¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extra\_v\_ió, miró la alfom\_b\_ra, \_v\_olvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola tem\_b\_lando.

Entre sus alucinaciones más porfia\_b\_as, hu\_b\_o un antropoide, apoyado en la alfom\_b\_ra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos \_v\_ol\_b\_ieron inútilmente. Ha\_b\_ía allí delante de ellos una \_v\_ida que se aca\_\_a\_\_a, desangrándose día a día, hora a hora, sin sa\_b\_er absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsa\_b\_an, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La obser\_v\_aron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst... -se encogió de hom\_b\_ros desalentado su médico-. Es un caso serio... poco hay que hacer...

-¡Sólo eso me falta\_b\_a! -resopló Jordán. Y tamborileó \_b\_ruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agra\_v\_ado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no a\_v\_anza\_b\_a su enfermedad, pero cada mañana amanecía lí\_b\_ida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la \_v\_ida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la a\_b\_andonó más. Apenas podía mo\_v\_er la ca\_b\_eza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares a\_v\_anzaron en forma de monstruos que se arrastra\_b\_an hasta la cama y trepa\_b\_an dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media \_v\_oz. Las luces continua\_b\_an fúne\_b\_remente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sir\_v\_ienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! -llamó a Jordán en \_v\_oz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se do\_b\_ló a su \_v\_ez. Efecti\_v\_amente, sobre la funda, a am\_b\_os lados del hueco que ha\_b\_ía dejado la ca\_b\_eza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras -murmuró la sir\_v\_ienta después de un rato de inmó\_v\_il obser\_v\_ación.

-Le\_v\_ántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sir\_v\_ienta lo le\_v\_antó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lí\_v\_ida y tem\_b\_lando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los ca\_b\_ellos se le eriza\_b\_an.

-¿Qué hay? -murmuró con la \_v\_oz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sir\_v\_ienta, sin dejar de tem\_b\_lar.

Jordán lo le\_v\_antó; pesa\_b\_a extraordinariamente. Salieron con él, y so\_b\_re la mesa del comedor Jordán cortó funda y en\_b\_oltura de un tajo. Las plumas superiores \_v\_olaron, y la sir\_v\_ienta dio un grito de horror con toda la \_v\_oca a\_b\_ierta, lle\_v\_ándose las manos crispadas a los \_b\_andós. Sobre el fondo, entre las plumas, mo\_v\_iendo lentamente las patas \_b\_elludas, había un animal monstruoso, una \_b\_ola \_v\_i\_v\_iente y \_b\_iscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la \_b\_oca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, ha\_b\_ía aplicado sigilosamente su \_b\_oca -su trompa, mejor dicho- a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi impercepti\_b\_le. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la jo\_v\_en no pudo mo\_v\_erse, la succión fue \_v\_ertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había \_v\_aciado a Alicia.

Estos parásitos de las a\_v\_es, diminutos en el medio ha\_b\_itual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente fa\_v\_ora\_b\_le, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.